

**YANIS VAROUFAKIS**

# COMPORTARSE COMO ADULTOS

**MI BATALLA CONTRA EL ESTABLISHMENT EUROPEO**



**«VAROUFAKIS HA ESCRITO UNA DE LAS MEJORES AUTOBIOGRAFÍAS  
POLÍTICAS DE TODOS LOS TIEMPOS.» Paul Mason, *The Guardian***

**DEUSTO**

# **Comportarse como adultos**

Mi batalla  
contra el establishment europeo

**YANIS VAROUFAKIS**

Traducido por Alexandre Casanovas



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Adults in the Room*

Publicado por The Bodley Head, sello editorial de Penguin Random House, Londres, 2017

© 2017 Yanis Varoufakis

© de la traducción Alexandre Casanovas, 2017

Fragmento de *Nineteen Eighty-Four* de George Orwell

© the Estate of the late Sonia Brownell Orwell

© Centro Libros PAPP, S. L. U., 2017

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-234-2572-3

Depósito legal: B. 22.244-2017

Primera edición: noviembre de 2017

Preimpresión: Medium Preimpresió

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Sumario

---

<b>Un apunte sobre las citas textuales</b> . . . . .	9
<b>Prólogo</b> . . . . .	11

## PRIMERA PARTE

### Los inviernos de nuestro descontento

<b>1. Introducción</b> . . . . .	17
<b>2. Rescatistán</b> . . . . .	35
<b>3. Tensan su lengua como un arco</b> . . . . .	84
<b>4. Mantenerse a flote</b> . . . . .	140
<b>5. Rabia contra la agonía de la luz</b> . . . . .	184

## SEGUNDA PARTE

### La primavera invencible

<b>6. Ya empieza...</b> . . . . .	233
<b>7. Febrero propicio</b> . . . . .	275
<b>8. El frenesí antes de la tormenta</b> . . . . .	330
<b>9. Un momento para saborear, con pesimismo</b> . . . . .	367
<b>10. Desenmascarado</b> . . . . .	413
<b>11. Esculpir nuestra primavera</b> . . . . .	446
<b>12. El hechizo de Merkel</b> . . . . .	484
<b>13. La opción correcta, frustrada</b> . . . . .	512
<b>14. El mes más cruel</b> . . . . .	542

**TERCERA PARTE**  
**Final de partida**

<b>15. La cuenta atrás hacia la perdición . . . . .</b>	<b>585</b>
<b>16. Comportarse como adultos . . . . .</b>	<b>622</b>
<b>17. Leones guiados por asnos . . . . .</b>	<b>648</b>
<b>Epílogo . . . . .</b>	<b>689</b>
<b>Agradecimientos . . . . .</b>	<b>701</b>
<b>Apéndices . . . . .</b>	<b>703</b>

## Introducción

El único color que rompía la penumbra del bar del hotel era el ámbar del líquido tintineante del vaso que tenía delante. Al acercarme, levantó la mirada y me saludó con la cabeza antes de perderse otra vez en su trago de whisky. Exhausto, me dejé caer en el ostentoso sofá.

Justo a tiempo, su voz familiar resonó grande y taciturna.

—Yanis —me dijo— has cometido un grave error.»

A altas horas de la noche, en primavera, una dulzura que resulta inimaginable durante el día se apodera de Washington DC. Cuando los políticos, cabilderos y demás cortesanos se desvanecen, el aire se libera de cualquier tensión y los bares quedan abandonados a los pocos que no tienen por qué levantarse al amanecer y a esos seres aún más extraños cuyos pesares son capaces de vencer el sueño. Esa noche, como en las ochenta y una anteriores, e incluso como en las ochenta y una más que aún faltaban por llegar, yo era uno de esos extraños.

Envuelto por la oscuridad, tardé unos quince minutos en recorrer la distancia que separa el número 700 de la calle 19 Noroeste, la sede del Fondo Monetario Internacional, del bar del hotel donde habíamos quedado. Jamás me hubiera imaginado que un paseo tan breve y solitario por un insulso Washington DC pudiera ser tan reconfortante. Pero la perspectiva de encontrar-

me con el gran hombre contribuía a esa sensación de alivio: tras quince horas sentado delante de una mesa, rodeado de personas muy poderosas pero demasiado triviales o demasiado asustadas como para decir en voz alta lo que pensaban de verdad, estaba a punto de conocer a una figura cuya influencia traspasaba los límites de Washington DC; un hombre al que nadie podría acusar de banalidad o de timidez.

Todo cambió con la mordacidad de sus primeras palabras, más escalofrantes todavía por la penumbra y el baile de sombras.

Fingí una expresión de fortaleza y respondí:

—¿Y cuál ha sido el error, Larry?

—¡Ganaste las elecciones! —fue su respuesta.

Era el 16 de abril de 2015, justo en el ecuador de mi breve ejercicio como ministro de Finanzas del gobierno griego. Unos seis meses antes, mi vida era la típica de un profesor universitario: me dedicaba a dar clases en la Lyndon B. Johnson School of Public Affairs de la Universidad de Texas, en Austin, aprovechando mi excedencia de la Universidad de Atenas. Pero en enero, cuando gané un escaño en el Parlamento griego, mi vida cambió por completo. Durante la campaña, sólo hice una promesa: que haría todo lo posible por rescatar a mi país de las ataduras de la deuda y de la brutalidad de una austeridad impuesta por sus vecinos europeos y el FMI. Esa promesa me había traído hasta esta ciudad y —con la ayuda de una de mis colaboradoras más íntimas, Elena Paraniti, quien había concertado la cita y me acompañaba esa noche— hasta este bar.

Sonreí como respuesta a su causticidad y para esconder mis temores, y a continuación pensé: *¿Es así como pretende fortalecer mi determinación para poder enfrentarme a toda una legión de enemigos?* Traté de buscar consuelo recordando que el septuagésimo primer secretario del Tesoro de Estados Unidos y el vigésimo séptimo presidente de Harvard no es especialmente famoso por su complacencia.

Con la idea de posponer unos instantes el importante asunto que teníamos entre manos, pedí un whisky al barman y dije:

—Antes de que me hables de mi «error», déjame decirte, Larry, lo importantes que han sido tus mensajes de apoyo y tus consejos durante estas semanas. Te lo agradezco de verdad. Sobre todo, te-

niendo en cuenta que llevo llamándote «El príncipe de las tinieblas» desde hace años.

Sin inmutarse, Larry Summers respondió:

—Al menos me llamabas «príncipe». Me han llamado cosas mucho peores.

Durante las siguientes dos horas la conversación adquirió un tono mucho más grave. Hablamos sobre problemas técnicos: reestructuración de la deuda, política presupuestaria, reforma de los mercados, bancos «malos». En el aspecto político, me advirtió de que estábamos perdiendo la batalla de la propaganda y de que los «europeos», su expresión para referirse a los poderes que gobiernan la UE, iban a por mí. Sugirió, y coincidí con él, que cualquier nuevo acuerdo para mi castigado país tendría que parecer la obra de la canciller alemana, hasta el punto de poder presentarlo ante sus votantes como su *propia* idea, como su legado *personal*.

Las cosas iban mejor de lo que esperaba, estábamos de acuerdo en los asuntos importantes. No era nada fácil contar con el apoyo del formidable Larry Summers en mi lucha contra las instituciones, los gobiernos y los grupos mediáticos que exigían la rendición de mi gobierno y mi cabeza en una bandeja de plata. Por último, tras acordar los pasos a seguir, y antes de que la combinación del alcohol y la fatiga nos obligara a dar la noche por terminada, Summers me miró fijamente y me hizo una pregunta tan bien ensayada que llegué a sospechar que ya la había usado antes para probar a otros.<sup>3</sup>

3. Unos meses después de mi dimisión como ministro de Finanzas, mi buen amigo y colega Tony Aspromourgos escuchó el relato de mi conversación con Larry Summers y confirmó mis sospechas al hacerme llegar estas frases de la senadora Elizabeth Warren, recogidas en 2014:

Avanzada la noche, Larry se recostó en la silla y me ofreció un consejo... Lo planteó de la siguiente manera: tenía que hacer una elección. Podía ver las cosas desde dentro o desde fuera. Los que escogen quedarse fuera pueden decir lo que les apetezca. Pero los que están dentro no les prestan ninguna atención. Los que están dentro, en cambio, pueden acceder a esos lugares donde es posible hacer realidad sus ideas. Las personas que ostentan el poder escuchan todo lo que dicen. Pero los que están dentro deben acatar una ley inquebrantable: no criticar nunca al resto de los que están dentro. Toda una advertencia.

John Cassidy, «Elizabeth Warren's Moment» («El momento de Elizabeth Warren»), *New York Review of Books*, Vol. 61 (nº 9), 22/5-5/6/14, pp. 4-8.



—Hay dos clases de políticos —dijo—. Los que ven las cosas desde dentro y los que prefieren verlas desde fuera. Los que prefieren estar fuera son aquellos que prefieren ser libres para contar su versión de la verdad. El precio que pagan por su libertad es que los que están dentro, los que toman las decisiones importantes, no les prestan la menor atención. Los que viven las cosas desde dentro, por su parte, deben acatar una ley sacrosanta: no ponerse en contra de los que, como ellos, también están dentro, y no hablar nunca con los de fuera sobre lo que hacen o dicen los de dentro. ¿Cuál es su recompensa? Acceder a información privilegiada y tener la oportunidad, sin ninguna garantía, eso sí, de influir sobre los que tienen el poder y condicionar sus decisiones. —Acto seguido, Summers llegó por fin a su pregunta—: Entonces, Yanis —me dijo—, ¿cuál de los dos eres tú?

El instinto me apremiaba a responder con una sola palabra; pero utilicé unas cuantas más.

—Por carácter, soy de los que se sienten muy cómodos viendo las cosas desde fuera —empecé así mi respuesta—, pero —me apresuré a añadir— estoy dispuesto a aplacar mi carácter si con eso puedo conseguir un nuevo acuerdo para Grecia que suponga salir de la prisión por deudas. No tengas ninguna duda, Larry: me comportaré como uno más de los de dentro durante el tiempo que haga falta para obtener un acuerdo que sea viable para Grecia y, por supuesto, para Europa. Pero si los que están dentro me demuestran que no están dispuestos a liberar a Grecia de las ataduras que nos impone una deuda interminable, no dudaré en convertirme en un informante y contarle todo; o sea, volver a ver las cosas desde fuera, y así regresar a mi hábitat natural.

—Bueno, no está mal —dijo tras una breve pausa para reflexionar.

Nos levantamos para irnos. Durante nuestra conversación, había empezado a llover. Larry cogió un taxi y yo me quedé mirándole, mientras el chaparrón empapaba mi ropa en pocos segundos. Cuando su taxi ya se alejaba, me di cuenta de que tenía la oportunidad de cumplir uno de mis sueños más ocultos; un deseo que me había perseguido durante las interminables reuniones de las jornadas anteriores: andar solo, de incógnito, bajo la lluvia.

Me sumergí en la cortina de agua en compañía de mi immaculada soledad y empecé a hacer un repaso del encuentro. Summers era un aliado, aunque estaba claro que tenía sus reservas. La política de izquierdas de mi gobierno le importaba un comino, pero entendía que nuestra derrota no era buena para Estados Unidos. Sabía que la política económica de la eurozona no perjudicaba solamente a Grecia; era un desastre para Europa y, en consecuencia, para Estados Unidos. Y también sabía que Grecia sólo era el laboratorio donde se estaban probando unas medidas que ya habían demostrado su ineficacia, antes de ponerlas en práctica en toda Europa. Por eso Summers me tendió la mano. Hablábamos el mismo lenguaje, a pesar de nuestras diferencias ideológicas, y por eso no nos resultó difícil llegar a un rápido acuerdo sobre cuáles deberían ser nuestros objetivos y estrategias. Sin embargo, era evidente que mi respuesta le había causado una cierta inquietud, aunque no me lo demostrara en ningún momento. Creo que hubiera entrado en aquel taxi mucho más tranquilo si yo hubiera demostrado cierto interés en *llegar a ser* uno de los de dentro. Pero como confirma la publicación de este libro, esa posibilidad nunca se haría realidad.

Al regresar al hotel, mientras trataba de secarme la ropa, y con sólo dos horas de margen antes de que el despertador me llevara otra vez a la línea del frente, empecé a sentir una creciente ansiedad ante una pregunta: ¿Qué habrían respondido mis colegas, en Grecia, el reducido círculo que formaba nuestro gobierno, ante la pregunta de Summers? Esa noche, me convencí de que habrían dado la misma respuesta que yo.

Menos de dos semanas después, empecé a tener mis primeras y serias dudas.

## **Supercajas negras**

Yiorgos Chatzis desapareció el 29 de agosto de 2012. Lo vieron por última vez en la oficina de la seguridad social de la pequeña localidad de Siatista, en el norte de Grecia, donde le comunicaron que había perdido su pensión de invalidez de 280 euros al

mes. Las personas que pudieron contemplar la escena afirman que no profirió una sola queja. «Se quedó pasmado, y no dijo ni una palabra», apuntaba una noticia del periódico. Poco después, cogió su móvil por última vez y llamó a su mujer. Como no encontró a nadie en casa, decidió dejar un mensaje: «Me siento un inútil. Ya no puedo ofrecerte nada. Cuida de los niños.» Pocos días después, encontraron su cuerpo en una remota zona boscosa, ahorcado sobre un barranco, con el móvil tirado en el suelo a escasa distancia.

La ola de suicidios provocada por la Gran Depresión griega había conseguido atraer la atención de los medios internacionales unos pocos meses antes, cuando Dimitris Christoulas, un farmacéutico jubilado de setenta y siete años, se pegó un tiro junto a un árbol en medio de la plaza Síntagma de Atenas, tras escribir un desgarrador manifiesto político contra la austeridad. En un pasado no tan lejano, el profundo dolor, lleno de dignidad y silencio, de las familias de Christoulas y Chatzis hubiera cubierto de vergüenza al funcionario más gélido. Pero en Rescatistán, mi satírica denominación para referirme a la Grecia posterior a 2010, nuestros gobernantes se mantenían bien lejos de sus víctimas, atrincherados en hoteles de cinco estrellas y escudados por caravanas de vehículos oficiales, mientras trataban de calmar su ocasional nerviosismo con proyecciones estadísticas que hablaban de una recuperación económica que no tenía base alguna.

Durante ese mismo 2012, tres años antes de que Larry Summers me hablara de los que están dentro y los que se quedan fuera, mi pareja, Danae Stratou, presentó una instalación artística en una galería del centro de Atenas. Llevaba por título «¡Es hora de abrir las cajas negras!». La instalación consistía en cien cajas negras de metal colocadas en el suelo que componían una forma geométrica. Cada caja contenía una palabra escogida por Danae, entre las miles enviadas por los ciudadanos de Atenas a través de las redes sociales como respuesta a la pregunta: «En una sola palabra, ¿cuál es tu mayor miedo, o qué te gustaría conservar a toda costa?»

La idea de Danae consistía en que, a diferencia de lo que ocurre con las cajas negras de un avión, éstas se abrirían antes de que

fuera demasiado tarde. La palabra más repetida por los atenienses, muy por delante de cualquier otra, no fue *trabajo*, *pensiones* o *ahorro*. Su mayor miedo era perder la *dignidad*. La isla de Creta, cuyos habitantes destacan por su peculiar orgullo, es el territorio que ha sufrido un mayor número de suicidios desde el inicio de la crisis. Cuando la depresión se agudiza y las uvas de la ira «cogen peso y están listas para la vendimia», es la pérdida de la dignidad lo que provoca una mayor desesperación.

En el texto que escribí para el catálogo de la exposición, quise hacer una comparación con otra clase de cajas negras. En el mundo de la ingeniería, una caja negra es un aparato o un sistema cuyos mecanismos internos parecen opacos, pero que es capaz de convertir cualquier entrada de datos en algo que somos capaces de entender y utilizar sin dificultades. Un móvil, por ejemplo, es capaz de transformar con eficacia los movimientos de los dedos en una llamada de teléfono o en un pedido a domicilio, pero para casi todo el mundo, a excepción de un ingeniero electrónico, lo que ocurre en el interior de un *smartphone* es un misterio absoluto. Como diría el filósofo, la mente del prójimo es la quintaesencia de una caja negra: no hay forma de saber con exactitud qué ocurre dentro de la cabeza de otra persona. (Durante los 162 días descritos en esta crónica, a menudo me sorprendí a mí mismo deseando que las personas que tenía a mi alrededor, en especial mis compañeros de armas, no se parecieran tanto a una caja negra.)

Pero después existen las que yo denomino «supercajas negras», cuyo tamaño y trascendencia es tan enorme que sus creadores y reguladores son incapaces de entender a la perfección su funcionamiento interno: por ejemplo, los derivados financieros, cuyas últimas consecuencias son imprevisibles incluso para los mismos ingenieros que los han diseñado; los bancos y corporaciones internacionales, cuyas actividades se escapan muchas veces del control de sus consejeros delegados; y, por supuesto, gobiernos e instituciones supranacionales como el Fondo Monetario Internacional, dirigidos por políticos y burócratas de alto nivel, que ocupan el cargo pero que no tienen el poder real. Estas supercajas negras también convierten cualquier entrada —dine-

ro, deuda, impuestos, votos— en productos listos para el consumo —beneficios, sistemas complejos de endeudamiento, rebajas en pensiones, política sanitaria y educativa—. La diferencia entre estas supercajas negras y un humilde teléfono móvil —o incluso otros seres humanos— es que una gran mayoría de nosotros somos incapaces de controlar las entradas, pero, en cambio, sus productos finales condicionan todas nuestras vidas.

Es posible resumir esta gran diferencia en una sola palabra: poder. Y no me refiero al poder de las mareas o a la fuerza de una turbina eléctrica; hablo de otra clase de poder. Un poder más sutil, pero mucho más siniestro: el que ostentan los que están dentro, según la terminología de Larry Summers, y que él temía que yo no quisiera abrazar; el poder de ocultar la información.

Durante mi mandato como ministro de Finanzas, e incluso bastantes meses después, no eran pocos los que me hacían una misma pregunta: «¿Qué quería el FMI de Grecia? Los que se oponían a la reestructuración de la deuda, ¿actuaban así porque cumplían los dictados de una agenda oculta e ilícita? ¿Estaban ahí para representar a grandes empresas interesadas en saquear las infraestructuras del país, como aeropuertos, zonas turísticas, telecomunicaciones y similares?». Ojalá la explicación fuera tan sencilla.

Cuando se produce una crisis a gran escala, resulta tentador culpar de la misma a una conspiración de las élites. Es fácil imaginar una habitación llena de humo, donde un grupo de hombres muy malos (con alguna mujer de por medio) conspira para obtener enormes beneficios a costa de los más débiles y del interés de la mayoría. Esta imagen, sin embargo, no se ajusta a la realidad. Porque si nuestras desdichadas circunstancias son fruto de una conspiración, debo decir que sus organizadores ni siquiera saben que forman parte de ella. Todas esas políticas, que muchos atribuyen a una conspiración de las élites, no son más que el producto final de un entramado de supercajas negras.

Las llaves que abren la puerta de ese entramado son la exclusión y la opacidad. Sólo hay que recordar el lema que hizo fortuna en la City de Londres y en Wall Street antes de la implosión del año 2008, «la avaricia es buena» decían. Muchos empleados

de banca, guiados por su honradez, sentían una preocupación insoportable ante lo que veían y tenían que hacer. Pero cuando por fin conseguían acceder a las pruebas y a los documentos que anticipaban esos terribles acontecimientos, primero debían enfrentarse al dilema que Summers planteaba: hablar con los que están fuera y perder cualquier ilusión de relevancia; no decir nada y convertirse en cómplices; o aprovecharse de su posición de poder e intercambiar esa información privilegiada con otra persona de «las de dentro», y así crear una alianza formada por dos individuos que ganan influencia dentro del gran entramado. Si la información que se intercambia es bastante delicada, esa alianza inicial entre dos personas empezará a extenderse y a crear nuevos vínculos con otras alianzas preexistentes. El resultado final es la creación de un entramado de poder dentro de otro aún más grande, que involucra a nuevos participantes incapaces de verse a sí mismos como conspiradores; cuando, en realidad, eso es lo que son.

Cada vez que un político de «los de dentro» ofrece una exclusiva a la prensa, siempre a cambio de que el enfoque de la noticia se corresponda con sus intereses, el periodista pasa a formar parte del entramado, aunque no sea muy consciente de ello. Si rechaza adaptar la noticia a los intereses del político, se enfrenta a la posibilidad de perder una fuente muy valiosa, e incluso de ser excluido de la trama. Así es como las redes del poder controlan el flujo de información: buscando la colaboración de aquellos que prefieren ver las cosas desde fuera y excluyendo a los que se niegan a participar en su juego. Este entramado evoluciona de una forma orgánica, guiado por una fuerza involuntaria que nadie es capaz de controlar: ni el presidente de Estados Unidos, ni el consejero delegado de Barclays, ni tampoco aquellos que ostentan los puestos directivos del FMI o de los gobiernos nacionales.

Cuando alguien queda atrapado en una de estas redes de poder, hace falta tener madera de héroe para salir de ahí y contar la verdad a la opinión pública; sobre todo cuando es casi imposible oír el sonido de la propia conciencia en medio de la enorme cacofonía que genera la posibilidad de ganar mucho dinero.

Los que deciden romper filas acaban como una estrella fugaz; olvidados rápidamente por un mundo que anda demasiado distraído.

Me parece fascinante que muchos de los que están dentro, en especial aquellos que mantienen un vínculo lejano con el entramado del poder, se sientan ajenos a esas redes que tanto ayudan a reforzar; más que nada, porque no tienen mucho contacto con ellas. De forma parecida, los que están metidos hasta el fondo en la trama ni siquiera son conscientes de que existe el mundo exterior, de que hay otra forma de ver las cosas. Son muy pocos los que demuestran tener suficiente astucia como para darse cuenta de la existencia de las cajas negras, porque viven y trabajan dentro de ellas. De hecho, Larry Summers es uno de los pocos que tienen esa habilidad. La pregunta que me hizo fue de hecho una invocación a rechazar el atractivo del mundo exterior. Para apuntalar su esquema de valores, Summers tenía la obligación de creer que sólo es posible construir un mundo mejor desde dentro de la caja.

Pero en este punto, pensé, se equivocaba por completo.

## **Teseo ante el laberinto**

Antes de 2008, cuando las supercajas negras aún funcionaban con relativa estabilidad, vivíamos en un mundo que *parecía* mantener el equilibrio y haber aprendido a curarse las heridas. En aquellos tiempos, el primer ministro británico, Gordon Brown, celebraba el final de la era de los ciclos económicos, con sus burbujas y sus pinchazos, mientras que Ben Bernanke, que pronto iba a convertirse en presidente de la Reserva Federal, presagiaba la llegada de los tiempos de la Gran Moderación. Resulta evidente que todo era una simple ilusión, generada por el funcionamiento de unas supercajas negras que nadie era capaz de comprender; en especial, los de dentro, encargados de mantenerlas en marcha. Y entonces, en 2008, las cajas sufrieron una avería espectacular que terminó provocando el 1929 de nuestra generación, por no mencionar la caída de la pequeña Grecia.

Desde mi punto de vista, la crisis financiera de 2008, que todavía nos acompaña una década después, se debe al siniestro *total* de las supercajas negras de este mundo —o sea, de los entramados de poder y las conspiraciones sin conspiradores que moldean nuestras vidas—. Summers tenía fe ciega en que la solución a la crisis emanaría de esos mismos entramados que habían dejado de funcionar y que todo se arreglaría gracias al trabajo rutinario de los de dentro; una idea que, en aquel momento, me pareció tan ingenua como enternecedora. Aunque, igual, no debería sorprenderme tanto. Al fin y al cabo, tres años antes escribí en el catálogo de Danae que «a día de hoy, abrir esas supercajas negras es imprescindible si queremos que sobrevivan la decencia, el conjunto de la humanidad e incluso nuestro propio planeta. Hablando claro, nos hemos quedado sin excusas. Por lo tanto, ¡ha llegado la hora de abrir las cajas negras!» Pero, en el mundo real, ¿qué implicaría algo así?

*Primero*, tenemos que estar preparados para asumir que, posiblemente, cada uno de nosotros es un eslabón más de todo el entramado; un conspirador *de facto* que ignora serlo. *Segundo*, y es aquí donde reside la genialidad de Wikileaks, si podemos colarnos dentro de esa gran red, como Teseo cuando entra en el laberinto, y perturbar el flujo normal de información; si podemos conseguir que la mayor cantidad posible de sus miembros teman la filtración incontrolable de toda esa información; entonces, todos esos entramados de poder que ya no funcionan bien y que resultan del todo incomprensibles terminarán cayendo por su propio peso y su propia irrelevancia. *Tercero*, hay que resistir la tentación de sustituir las viejas tramas por otras nuevas.

Tres años después, cuando puse el pie en aquel bar de Washington, mi postura se había suavizado bastante. Mi prioridad ya no era filtrar información a los que viven las cosas desde fuera, sino hacer todo lo posible para sacar a Grecia de la prisión por deudas. Si para lograrlo tenía que hacerme pasar por uno de los de dentro, pues habría que hacerlo. Pero en el mismo instante en que el precio de admisión al círculo íntimo de los de dentro consistiera en aceptar una cadena perpetua para Grecia, saldría de allí sin pensarlo. Creo



que la idea de soltar un hilo de Ariadna en el momento de entrar en el laberinto, y estar preparado para seguirlo hasta encontrar la salida, era un requisito obligatorio si quería conservar esa dignidad en la que reside la felicidad del pueblo griego.

Al día siguiente de mi encuentro con Larry Summers, mantuve una reunión con Jack Lew, el por entonces secretario del Tesoro de Estados Unidos. Tras la reunión con Lew, en el edificio del Tesoro, el funcionario que me acompañó hasta la puerta me hizo una confidencia que consiguió meterme el miedo en el cuerpo: «Ministro, tengo la necesidad de advertirle de que dentro de una semana tendrá que enfrentarse a una campaña de difamación orquestada desde Bruselas.» La charla de Larry sobre la importancia de no salir del círculo de los de dentro, sumada a su advertencia de que estábamos perdiendo la batalla de la propaganda, adquirió de repente una nueva dimensión.

Por supuesto, no me sorprendió lo más mínimo. Los de dentro, escribí en 2012, reaccionan con agresividad ante cualquiera que tenga el atrevimiento de abrir una de las supercajas negras al escrutinio de los que están fuera: «Esto no va a ser fácil. Los entramados del poder responderán con violencia, como ya están haciendo. Se volverán más autoritarios, más cerrados, más fragmentados. Cada vez mostrarán una mayor preocupación por su propia “seguridad” y por tener el monopolio de la información, y cada vez confiarán menos en el ciudadano de a pie.»<sup>4</sup>

Los capítulos que siguen a continuación describen la violenta reacción de los entramados del poder ante mi insistente negativa a canjear la emancipación de Grecia por un puesto de privilegio dentro de una de sus cajas negras.

## **¡Firma aquí!**

Todo se reducía a un pequeño garabato en una hoja de papel; si estaba dispuesto a firmar un nuevo acuerdo sobre el rescate de

4. Citas del catálogo de la exposición «¡Es hora de abrir las cajas negras!», realizada por Danae Stratou en 2012.

Grecia que hundiría aún más al país en una laberíntica prisión de morosos.

Mi firma había adquirido una vital importancia porque, curiosamente, no es el presidente o el primer ministro de un país en quiebra quien firma la solicitud de rescate ante el FMI o la Unión Europea. Ese privilegio envenenado recae sobre el desdichado ministro de Finanzas. Por eso los acreedores de Grecia pensaban que era imprescindible que yo me plegara a sus exigencias, que me decidiera a colaborar. En el caso de que su plan fracasara, yo debía acabar derrotado y reemplazado por alguien mucho más flexible. Si me hubiera decidido a firmar, habría recibido un elogio tras otro; una vez más, uno de los que prefieren ver las cosas desde fuera habría aceptado convertirse en uno de los de dentro. La avalancha de descalificaciones que recibí de la prensa internacional, justo una semana después de mi visita a Washington, tal como me había advertido aquel funcionario del Tesoro estadounidense, jamás se hubiera producido. Habría sido «responsable», un «socio de confianza», un «inconformista reformado» que habría puesto los intereses de su nación por delante de su «narcisismo».

Por su expresión en el momento de salir del hotel y adentrarnos en aquella lluvia torrencial, tuve la sensación de que Larry parecía entenderlo todo. Entendía que los «europeos» no tenían interés alguno en cerrar un trato «digno» conmigo o con el gobierno griego. Entendía que, al final, me iban a presionar hasta lo insoportable para hacerme firmar la rendición, a cambio de convertirme en uno más de los de dentro. Entendía que yo no estaba dispuesto a pasar por ahí. Y también pensaba que era una verdadera lástima; al menos, para mí.

Por mi parte, comprendí que Larry quería ayudarme a conseguir un acuerdo que fuera viable. También comprendí que iba a hacer todo lo posible por ayudarnos, siempre que no tuviera que quebrantar la famosa regla de oro: los de dentro nunca se enfrentan a los de dentro, y nunca hablan con los de fuera sobre lo que hacen o dicen los de dentro. En cambio, no estaba tan seguro de que comprendiera por qué no existía ni la más remota posibilidad de que yo firmara un nuevo rescate que me parecía inviable. Hubiera tardado demasiado en explicárselo; y en el

supuesto de que hubiera contado con el tiempo necesario, me temo que nuestros referentes eran demasiado distintos y que no hubiera sido capaz de llegar a entenderme.

Si hubiera tenido que darle alguna explicación, creo que habría adoptado la forma de un par de historias del pasado.

La primera empezaría en el interior de una comisaría de policía, en Atenas, durante el otoño de 1946, cuando Grecia se encontraba al borde de la sublevación comunista y de entrar en la segunda fase de su catastrófica guerra civil. La policía secreta había detenido a un estudiante de química de la Universidad de Atenas, llamado Yiorgos, de veintisiete años de edad. Primero le habían dado una buena paliza y después lo habían arrojado al interior de una fría celda. Allí estuvo unas cuantas horas, hasta que apareció un policía de alto rango que se lo llevó a su oficina con la aparente intención de pedirle disculpas.

—Quiero disculparme por la dureza con la que te hemos tratado —le dijo—. Eres un buen chico y no mereces pasar por esto. Pero sabes bien que vivimos tiempos difíciles y que mis hombres están al límite. Perdónales. Sólo tienes que firmar esto y te puedes ir. Y acepta mis disculpas.

El comisario parecía sincero, y Yiorgos se sintió aliviado al ver que el mal trago que había pasado en manos de aquellos matones llegaba a su fin. Pero entonces, cuando leyó la declaración mecanografiada que el comisario quería hacerle firmar, sintió que un sudor frío le recorría la espalda. En la hoja de papel podía leerse: «Por la presente, denuncio, con honestidad y total sinceridad, el comunismo, a aquellos que lo apoyan y a todos sus compañeros de viaje.»

Temblando de miedo, dejó el bolígrafo sobre la mesa, recurrió a toda la buena educación que su madre, Anna, le había inculcado a lo largo de los años y le dijo al comisario:

—Señor, no es que yo sea budista, pero nunca firmaré un documento oficial que condenara el budismo. No soy musulmán, pero no creo que el Estado tenga el derecho de pedirme que denuncie el Islam. Y en ese mismo sentido, no soy comunista, pero tampoco entiendo por qué nadie debería pedirme que denunciara el comunismo.

La argumentación de Yiorgos, apelando a sus derechos civiles, no iba a llegar a ninguna parte.

—O firmas, o lo que te espera es la tortura sistemática y el encierro permanente: ¡tú eliges! —gritó el enfurecido comisario.

La ira del policía nacía de sus propias esperanzas, perfectamente razonables. Yiorgos tenía los rasgos típicos de un buen chico; uno más de los de dentro. Había nacido en El Cairo, en el seno de una familia de clase media perteneciente a la numerosa comunidad griega del país. Una comunidad que convivía en aquel enclave cosmopolita con otros expatriados europeos; franceses, italianos y británicos. Había crecido conviviendo con los árabes, armenios y judíos más sofisticados. En casa hablaba en francés, por cortesía de su madre, y griego en el colegio, inglés en el trabajo, árabe en la calle e italiano en la ópera.

Con veinte años, decidido a recuperar sus raíces, Yiorgos renunció a un cómodo empleo en un banco de El Cairo y partió hacia Grecia para estudiar química. Llegó a Atenas en enero de 1945 a bordo del *Corinthia*, un mes después del final de la primera fase de la guerra civil griega, el primer episodio de la Guerra Fría. En el ambiente se palpaba una frágil distensión, y por eso pensó que no sería mala idea aceptar la propuesta que le habían hecho sus compañeros de facultad, tanto los de izquierdas como los de derechas: convertirse en el candidato de consenso que optaría a la presidencia de la asociación de estudiantes.

Poco después de salir elegido, el rectorado de la universidad decidió subir las tasas académicas, en una época en que los estudiantes se revolcaban en la pobreza más absoluta. Yiorgos se acercó al despacho del decano y allí trató de darle sus mejores argumentos contra la medida. Al salir, mientras bajaba por la escalinata de mármol de la facultad, la policía secreta le estaba esperando: le pusieron unas esposas, lo metieron en un furgón y le dieron a escoger entre dos opciones; una elección que hace del dilema de Larry Summers un simple juego de niños.

Debido a los orígenes burgueses de aquel chico, la policía estaba convencida de que Yiorgos firmaría encantado la declaración; y si no lo hacía, seguro que daba su brazo a torcer

en cuanto empezara la tortura. Sin embargo, con cada nuevo golpe, Yiorgos sentía que no podía firmar aquel papel, que no podía dejar de sufrir e irse a casa. Como resultado, pasó por distintas cárceles y campos de internamiento, de los cuales podía haber escapado con sólo estampar su firma en una hoja de papel. Cuatro años después, convertido en una sombra de lo que había sido, Yiorgos salió de la cárcel para encontrarse inmerso en un ambiente desalentador; una sociedad que no quería saber nada de su elección personal y que tampoco le otorgaba ningún valor.

Mientras tanto, durante el tiempo que Yiorgos pasó en la cárcel, una chica cuatro años más joven que él se había convertido en la primera mujer que conseguía matricularse en la Facultad de Química de la Universidad de Atenas, a pesar de que el rectorado había hecho todo lo posible por evitarlo. Eleni, ése era su nombre, aterrizó en la universidad como toda una rebelde precursora del feminismo que, sin embargo, sentía un profundo desprecio por las agrupaciones de izquierda: durante los años de la ocupación nazi, cuando todavía era una niña, los partisanos la secuestraron creyendo que era pariente de un colaboracionista. En cuanto se matriculó en la Universidad de Atenas, una organización fascista llamada X la reclutó en virtud de su ferviente anticomunismo. Su primera —y, como pronto descubriría, última— misión como militante consistiría en seguir a un compañero de la Facultad de Química que acababa de salir de los campos de internamiento.

Ésta es, en pocas palabras, la historia que explica de dónde vengo. Porque Yiorgos es mi padre y Eleni, que en los años 70 se convertiría en una destacada líder feminista, es mi madre. Bendecido por esta historia, creo que queda claro que firmar aquel acuerdo a cambio de la misericordia de los que están dentro era algo que nunca iba a ocurrir. ¿Habría entendido Larry Summers mis razones? Yo creo que no.

## ¡No por mí!

La segunda historia empieza así. Conocí a Lambros en el apartamento de Atenas que comparto con Danae, una semana antes de las elecciones de enero de 2015, cuando obtuve mi escaño en el Parlamento. Era un suave día de invierno, la campaña electoral estaba en pleno apogeo y había concertado una entrevista con una periodista española, Irene. Se presentó en mi apartamento en compañía de un fotógrafo y de Lambros, un traductor griego-español que trabajaba en Atenas. En aquella ocasión no fue necesario recurrir a los servicios de Lambros, porque Irene y yo hablamos en inglés. Pero Lambros decidió quedarse, observando y escuchando sin perder detalle.

Al terminar la entrevista, mientras Irene y el fotógrafo recogían su equipo y se dirigían hacia la puerta, Lambros se me acercó. Me estrechó la mano, y sin soltarla ni un instante, se dirigió a mí totalmente concentrado, como un hombre cuya vida depende de transmitir un mensaje con la precisión más absoluta:

—Espero que no te hayas dado cuenta por mi aspecto. Hago todo lo que puedo por disimularlo, pero en realidad vivo en la calle. —A continuación, me contó su historia tan deprisa como pudo.

Lambros tenía una casa, un trabajo como profesor de idiomas y una familia. En 2010, cuando la economía griega se vino abajo, Lambros perdió su trabajo y, después de ser desahuciado, también acabó perdiendo a su familia. Durante el año anterior había vivido en la calle. Sus únicos ingresos provenían de trabajos puntuales como intérprete, sobre todo para los periodistas extranjeros que llegaban a Atenas atraídos por las manifestaciones de la plaza Síntagma, que solían terminar con incidentes y que, por lo tanto, se convertían en un buen material para los informativos. Su mayor preocupación era encontrar unos pocos euros con los que recargar su móvil barato, para que así los periodistas extranjeros pudieran contactar con él.

En un momento dado, sintió que era necesario dar por concluido su soliloquio, fue directo al grano y me contó lo que quería de mí:

Quiero pedirte que me prometas una cosa. Sé que vas a ganar las elecciones. Hablo con la gente en la calle y estoy convencido de que vas a ganar. Por favor, cuando ganes, cuando estés en tu despacho, no te olvides de esas personas. Haz algo por ellas. ¡No por mí! Yo ya estoy acabado. Para los que hemos desaparecido del mapa por culpa de la crisis, ya no hay vuelta atrás. Es demasiado tarde para nosotros. Pero, por favor, haz algo por aquellos que aún están al borde del precipicio. Aquellos que todavía se agarran fuerte a la tierra, aunque ya sólo sea con las uñas. Aquellos que no han caído todavía. Hazlo por ellos. No les dejes caer. No les des la espalda. No firmes lo que te den, como han hecho tus predecesores. Júrame que no lo harás. ¿Me lo juras?

—Te lo juro —fueron las tres palabras que utilicé para responder.

Una semana después juré el cargo como ministro de Finanzas del país.

Durante los meses siguientes, cada vez que sentía flaquear mi determinación, sólo tenía que volver a recordar aquel instante. Lambros nunca podrá imaginarse la influencia que llegó a ejercer sobre mí durante los momentos más duros de aquellos 162 días.